

VOX POPULI

“¿Quién sino todos?”
Miquel Martí i Pol.

Las masivas manifestaciones del día 15 de febrero del año 2003 en favor de una solución pacífica del conflicto iraquí marcan una inflexión histórica. Por primera vez, ciudadanos de todas las razas, colores, culturas y creencias aparecen en los escenarios hasta ahora reservados a gobernantes y mandatarios. Por primera vez, la voz de la gente se eleva, sin violencia, como un clamor de tales dimensiones que se hace oír - y, escuchar en alguna medida - en las altas y aisladas estructuras de poder. Cuando se pretendía globalizar la economía en beneficio de unos cuantos, han conseguido los muchos que se globalice su libertad de expresión, que la palabra empiece a competir con la espada, que convencer inicie el camino que le permita, quizás, superar a los que siguen pensando que vencer, al precio que sea, sigue siendo la única alternativa. El día 15 de febrero los relojes de la nueva democracia a escala mundial señalaron la hora de todos los pueblos y se dieron los primeros pasos para la construcción de la democracia mundial, basada en unos valores intransitorios aceptados universalmente, que evite la enorme contradicción actual que representan sistemas democráticos locales y una oligocracia – hoy ya prácticamente un poder hegemónico - supranacional.

La voz del pueblo. No me cansaré de repetir que fueron los Estados Unidos de Norteamérica, precisamente, los que lideraron al término de la terrible II Guerra Mundial, en 1945, la fundación de las Naciones Unidas en San Francisco, cuya Carta empieza –demostrando la clarividencia de quienes acababan de vivir aquella contienda horrenda – así: “Nosotros, los pueblos...”. Y es ahora la voz de todos los pueblos que recuerda a los países que han pretendido sustituir aquel

inicio por el de “Nosotros, los poderosos...”, que se han equivocado y deben volver a la única fórmula posible: democracia sin exclusiones, sin marginaciones, sin asimetrías. Serenamente, millones de personas han demostrado compartir el mismo sueño. Y los sueños ampliamente compartidos, como decía Helder Cámara, se convierten en realidad.

“Vox populi, vox dei”. Voz por fin audible y, una vez más, desoída. De nuevo una guerra ilegal e innecesaria que puede movilizar reacciones extremistas y violentas de consecuencias imprevisibles. De nuevo la destrucción, el sufrimiento, la muerte. De nuevo las Naciones Unidas condicionadas y relegadas a funciones humanitarias, cuando su misión suprema es la de “evitar a las generaciones venideras el horror de la guerra”. Ahora más que nunca tenemos que hacer llegar nuestro disentimiento a través de múltiples y grandes manifestaciones y de millones de adhesiones a través de Internet, para que se detenga la maquinaria bélica y volvamos a la mesa de negociaciones, al Consejo de Seguridad, al respeto de los principios que inspiran la más alta instancia de entendimiento a escala global: las Naciones Unidas, que deben fortalecerse y dotarse de los efectivos humanos y económicos para que puedan cumplir su misión con la autoridad requerida.

Con todas las dificultades, con todas las carencias propias, precisamente, de la inexistencia de este marco democrático que impidiera la manifiesta impunidad que existe en el ámbito internacional, no es la fuerza sino la palabra la que constituye – como lo acreditan tantos casos, como El Salvador o Mozambique, en los últimos años- la única solución verdadera. La ley del Talión, no sólo no ha resuelto la situación en el Próximo Oriente sino que ha agravado, con centenares de víctimas inocentes, la posibilidad de hallar soluciones para la “irremediable” convivencia entre palestinos e israelitas.

Está fuera de toda duda la repulsa que merece el régimen autocrático iraquí de Sadam Husein. Ha demostrado absoluto desprecio por los derechos humanos de sus ciudadanos, que han tenido que soportar, además, absurdos embargos que sólo afectan a los más desfavorecidos. No es con muertos y padecimientos adicionales como debía solucionarse la situación. El camino era el emprendido, a través del consejo de Seguridad y los Inspectores de las Naciones Unidas, pero...

La trágica experiencia de Vietnam se cierne ahora sobre la guerra ya iniciada. Guerra “preventiva”, apresurada a todas luces e impulsada por la inercia de una inmensa maquinaria bélica. No hay economía de guerra sin guerra. Pues bien: el hecho de que se haya iniciado no significa que no deba detenerse, que no sigamos pidiendo, alarmados por los sangrientos “efectos colaterales” y las represalias que pueden desencadenarse en tantos lugares, que se pare sin demora esta contienda. Siempre es tiempo para evitar males mayores, para rectificar una trayectoria. De joven se me quedaron grabados unos versos de Luis Cernuda en “Para ti, para nadie”: “Pues no basta el recuerdo, cuando aún queda tiempo”. Algunas empresas ya están frotándose las manos con la reconstrucción de infraestructuras destruidas por la guerra en Irak. No podemos aceptar que se hable de ayuda “humanitaria” cuando estamos provocando la catástrofe. Es inadmisibile que sean los destructores los que ponderen y repartan los beneficios de la reconstrucción. Tenemos que “reconstruirnos” mutuamente la conciencia, el sentimiento de fraternidad vituperado, el deseo de venganza originado. Reconstruirnos todos en una nueva cultura: la cultura de paz.

La juventud, hasta hace poco bastante indiferente, ha reaccionado con convicción y solidaridad frente a un hecho que consideran totalmente infundado y con efectos nocivos a corto y largo plazo. Los jóvenes ven que su porvenir se

ensombrece más todavía – ya les habían usurpado velas y brújulas para decidir su propio rumbo – y reaccionan para salvaguardar lo que les pertenece: el futuro.

Que nadie que pueda hablar siga callado. Con firmeza, con tenacidad, expresar la opinión, el asentimiento o el disentimiento, es hoy una oportunidad única para la esperanza en estos albores de siglo y de milenio. Sombrío amanecer de siglo, que puede iluminarse por la presencia y la palabra de la gente, de las instituciones. Delito de omisión, delito de silencio. No olvidemos la aseveración de Martín Luther King Jr. : “Nuestras vidas empezarán a terminar el día en que guardemos silencio sobre las cosas que realmente importan”.

Hace tiempo escribí que comprendía el silencio de los silenciados, de los amordazados por el miedo o por la ignorancia, pero no el de los silenciosos, de los que pudiendo hablar, callaban. El poder omnímodo considera que “amigos” son los que alaban, los que consienten que la disciplina prime sobre la conciencia. Es un gran error: el buen amigo, el buen aliado, es el sincero, el que dice lo que piensa.

Elevemos, pues, nuestras voces, todas las voces juntas, cuidando escrupulosamente de prevenir y eliminar cualquier foco de violencia. La violencia envilece las mejores ideas e ideales. No expresar la discrepancia de forma violenta, sino perseverante y firme. La democracia se basa en la irrestricta libertad de expresión, de modo que todos los ciudadanos e instituciones puedan defender sus puntos de vista sin ningún tipo de amenaza o temor. Los Estados Unidos de Norteamérica abandonaron la UNESCO en 1984 alegando que debía garantizar la “libre circulación de las ideas por la palabra y por la imagen” y eran inaceptables las mínimas cautelas al respecto. Hoy, en este mismo gran país se ofrece una información sesgada – el inicio de toda guerra es el fin de la verdad -

y se prescinde de los periodistas que no narran las cosas como ellos quieren. El artículo 1º de la Constitución de la UNESCO, creada “para edificar los baluartes de la paz en la mente de los hombres”, establece la libertad de expresión, la palabra, como el requisito angular para, a través de la educación, la ciencia y la cultura, originar conductas, actitudes y hábitos de conciliación, diálogo y tolerancia. Para construir cada día, ladrillo a ladrillo, la paz.

Firmeza y constancia en expresar la más severa disconformidad con quienes, una vez más, han preferido la razón de la fuerza a la fuerza de la razón. Clamor incesante del pueblo. “Vox populi”: esto es democracia. Las urnas deben ser su reflejo. Pedir pacíficamente la seguridad de la paz y no la paz de la seguridad. La paz de la justicia, a través de un gran plan de desarrollo endógeno para reducir los presentes caldos de cultivo de radicalización y rencor. Plan global para compartir mejor bienes materiales y conocimientos, de tal modo que se alivie rápidamente la miseria y se evite esta terrible guerra de hambre que padecen tantos habitantes de la tierra y que se salda – recordémoslo cada amanecer y cada noche – con 30 mil muertos al día. Voz para protestas y para propuestas. Voz para recordar – “vox dei” - en el momento de elegir, de votar.

Federico Mayor Zaragoza

Catedrático de Bioquímica de la
Universidad Autónoma de Madrid
Y Presidente de la Fundación Cultura de Paz.